

El límite de lo útil

(fragmentos de una versión abandonada de

La Parte maldita)

GEORGES BATAILLE

Traducción del francés de Manuel Arranz



rían, dispuestos a matar, y la tormenta causaría estragos. El estrechamiento por el que el ser interior comunica con el espacio libre es sin duda rara vez la muerte misma, pero siempre es un esbozo de la misma, o su imagen, o su principio. Aquello que será considerado más adelante como la victoria decisiva de la vida, se presenta antes como terrible amenaza a ese ser aislado que, en el fondo de su aislamiento, siempre había pensado que él era la condición necesaria de todo lo que existe.

La vida en la comunicación, no en el aislamiento

Interiormente, ¿qué es lo que soy?, la actividad que une los numerosos elementos de que estoy compuesto, la comunicación continua de estos elementos entre ellos. La vida de mi ser orgánico está hecha de contagios de energía, de movimiento o de calor. No puede ser localizada en un único punto: se produce al pasar rápidamente de un punto a otro (o de numerosos puntos a otros igual de numerosos), de la misma manera que en un campo de fuerzas eléctricas. Desde el momento en que quiero atrapar mi sustancia, no siento más que deslizamientos.

Si examino ahora *toda* mi vida, me doy cuenta de que no está limitada a esa movilidad interior. Las corrientes que la recorren no fluyen sólo hacia el interior sino también hacia el exterior; al mismo tiempo se abre a fuerzas que se dirigen hacia ella y que provienen de otros seres. Puedo considerar esta vida que me pertenece como un torbellino relativamente estable: este torbellino choca continuamente con otros que se le

parecen y modifican su movimiento como él modifica el de los otros. Las transmisiones de fuerza o de luz desde mi persona hacia mí—tienen tanta importancia —o desde mí—semejante hacia mí— como la convulsión interior de la existencia. Las palabras, los movimientos, la música, los símbolos, los ritos, los gestos y las actitudes son tantos otros caminos de este contagio entre personas. Una persona aislada no cuenta —su punto de vista no se considera— en comparación con los movimientos que tienen sentido para numerosos hombres. Personalmente, yo no soy nada en comparación con el libro que escribo: si logra transmitir aquello que me ha consumido, habré vivido para escribirlo. Pero el libro mismo es poca cosa si se limita a algún dominio aislado, como la política, la ciencia o el arte: la comunicación puede poner en juego la vida entera y las posibilidades menores se eclipsan frente a una posibilidad tan grande.

Si se considera, entre todas las demás, aquellas comunicaciones que vinculan a dos personas únicamente, y si examinamos en particular el amor de Isolda y Tristán, cada uno de los dos amantes corre el riesgo de parecer tan insignificante como cualquier otra persona si exceptuamos la pasión que los unía. Es su amor, y no lo que ellos serían sin él, lo que otorga a sus nombres el poder que tienen de conmover los corazones. Sin embargo esta comunicación de su ser que se hacen uno al otro no tendría para nosotros tanto sentido si no percibiéramos que pone en juego su vida entera y que les consume hasta la muerte. La comunicación cuenta menos cuando es limitada e incluso la de Isolda y Tristán, por convulsiva que fuese, parece pequeña si se la compara con el éxtasis del solitario o con las pasiones que arrebatan a los pueblos.

Cada uno de nosotros, en el movimiento ilimitado de todos los mundos, no es más que un momento de respiro para acometer el salto. Nuestro aislamiento permite el respiro, pero el respiro no tiene más sentido que la intensidad renovada del movimiento cuando éste se reanuda. La existencia aislada no es más que la condición de las comunicaciones retardadas y explosivas. Si no hubiera más que comunicaciones sin freno, si no se produjeran remolinos trabando y ralentizando las corrientes demasiado rápidas, el repliegue multiplicado sobre sí mismo que es en lo que consiste nuestra conciencia sería imposible. Este orden de cosas casi estable, la construcción en apariencia definitiva del aislamiento, son necesarios para la formación de una conciencia reflexiva. El movimiento mismo sólo puede ser pensado gracias a una fijeza relativa del espejo. El error comienza únicamente cuando esta conciencia reflexiva se toma en serio el poco tiempo de reposo que las circunstancias le conceden. Este tiempo de reposo no es más que un tiempo de carga. La conciencia misma sólo tiene sentido comunicada. La intensidad del movimiento de comunicación cuando se retoma sólo depende de la forma explosiva impuesta por el obstáculo momentáneo del aislamiento: el respiro carga la comunicación del sentido profundo que tiene la conciencia angustiada de un hombre solo. La conciencia lenta y la angustia mortal se encuentran en los momentos de comunicación que me unen a mis semejantes. Se encuentran con tanta más intensidad cuando la comunicación pone en juego la existencia entera, cuando la vida de un pueblo y la presencia del universo están mezclados con ella.

La risa

Existe una especie de comunicación mayor en la que todo se cuestiona de forma violenta. A lo que parece, sólo cuando la muerte entra en juego, la vida puede encontrar la incandescencia extrema de la luz. Sin embargo la búsqueda minuciosa y siempre tensa de tales momentos conduce al embrutecimiento de la mente. La insistencia es sin duda contraria a la necesidad liviana de perderse: cuando un ansia obsesiva de éxtasis domina mi vida, puedo preguntarme si este éxtasis al cual sólo puedo aspirar perdiéndome en él, no quiere en realidad poseerlo como se posee un poder que merece ser admirado. Cuando la necesidad de comunicar perdiéndose se reduce a la de poseer más, ha llegado el momento de comprender que nada sublime puede haber en el hombre sin que sea necesario a la vez *reírse* de ello. Ahora bien, entre todas las clases de comunicación intensa, no hay ninguna más común que las risas convulsas que compartimos. Nuestras risas facilitan continuamente en nuestra vida las comunicaciones; incluso cuando el ansia de comunicaciones sublimes corre el riesgo de aislarnos en el absurdo.

Para responder al enigma del sacrificio, se impone una sagacidad paciente. Sin embargo, sin haberlo dudado un instante, sé que un enigma tan peligroso no se encuentra al alcance de un método profesoral, y que hay que abordar el misterio sagrado con un procedimiento insidioso, que se distinga por su audacia y su fuerza violadora. La respuesta al enigma, habrá que darla en el terreno en que los celebrantes se movían. Mi pretensión no es que entre en la historia de una ciencia sino en la del sacrificio. Esta petición de principio da cuenta tal vez de mi forma de comportarme al decir